

ARTURO TRONCOSO

EVASION COTIDIANA

El vino y su sombría gestación de lo prófugo.
Continúo evadido adentro de su círculo.

Prisionero de largas aspiraciones inseguras,
cómo extendiendo mi destino en su líquida piel,
mi voz cómo sigue su profundidad separadora.
Y su tráfico que muerde el alma de los desventurados,
la frente de los que todo lo han perdido.

Pienso en este clima lento, de esperanza desgraciada
donde el humo navega, donde rema la respiración
de mis amigos, ellos tan frágiles y tristes todavía.

Seda honorable y húmeda,
opulencia de los vagabundos definitivos.
Miel última, savia de los abandonados,
abrigo necesario.

EL OCASO DE JACK DEMPSEY

El cielo echó sus redes de lluvias en Chicago
—ciudad de las usinas y de los ganaderos—
Los autos, los tranvías... a Soldiers Field llevaron
un aluvión de gentes a ver al marinero
y al tigre de Manassas. Y el mundo fue un solo hombre
latiendo con la danza de los guantes de cuero.

Ciento cincuenta mil seres y el anfiteatro
y trescientos mil ojos clavados en el ring.
La liturgia del match había comenzado.
Y Dempsey oficiaba la misa de su fin.

Y se agrupan los golpes, vacila la esperanza.
(Entretanto, Tex Richard, sonríe a su millón...)
Y Tunney, a su lado, inclina la balanza
y todo Soldiers Field es sólo un corazón.

Igual que en Yanqui Stadium los puños del gran Gene
hicieron a Jack Dempsey quebrarse en la derrota.
Hubo un himno de aplausos de trescientas mil manos
y un unánime ¡hurrah! de más de cien mil bocas.

Pobre Jack millonario. Te macera el espíritu
un anillo quemante y un collar de congoja.
Como un pájaro ansioso de beber horizontes
se escapó de tus manos la querida victoria.
Tus hojas de laurel ya son hojas de herbario
y nadie las recuerda en tu última hora.
Los años te han caído encima de los hombros,
mochila de cansancio que te aplasta y te agobia.
Por segunda vez, Gene destruyó tu juguete
y ahora no eres más que un infante que lloras.

Jack, pobre Jack millonario. Te olvidó la coqueta.
¡Ahora es Gene Tunney el querido de la victoria!

SOLVEIG

Solveig...
Palabra temblorosa, bandera de alegría.
Solveig... Racimo fresco del viñar de la vida.
Solveig... Fruta madura que gusta mi deseo.

Quiero apretar tu rostro, quiero amarrar tu sombra
y beber en el vaso pequeño de tu cuerpo.

Quiero que me detengas como el mar a los ríos.
Roja prolongación en un grito frenético
o algo que me estremezca como un sueño inaudito.
Quiero que me aprisiones con tus cuerdas de acero
bajo la cárcel blanca de tu ensueño infinito.

Quiero mojar mi frente en tus aguas ocultas.
Encantar mis palabras para que no te muevas.
Romper mi pecho ansioso, dejar mi alma desnuda.
Arrollar mi deseo para que no te envuelva
y agazapar mi angustia porque no se diluya...

Solveig... Arca de oro llena de cosas mías.
Solveig... Voz que se alarga hasta morir en éxtasis.
Quimera realizada, bandera de alegría...



Cálida cabecita, vellón de negra seda
que ovilla la ternura de mis manos sencillas.
Perfume recogido junto a la tarde aquella...
Sombra pequeña y dulce que yo llevo prendida.

Sombra que ha retornado de ciudades lejanas.
Algo que deseaba pero que no venía.
Meces como a un infante la tristeza de mi alma.
Le abriga tu silencio hasta que está dormida.

Eres como una cúpula de anhelos y mañanas.
Como una cosa buena que se hallaba perdida.
Anuncian tu llegada tus húmedas palabras
y llenas estas copas vacías de mis días.

Y vives en mi ensueño y eres todo mi ensueño.
Cisterna de agua clara que yo llevo escondida.
Avión blanco y hermoso que me avcinda al cielo.
Lluvia de alas de seda sobre la tierra mía.

Y ahora te retengo para que no te vayas.
¡Quiero tener tan cerca, Solveig, tu maravilla!
Y porque yo seré siempre a tu lado, nada,
quiero que seas todo, todo junto a mi vida.



LA NOCHE CONVULSA

Era la noche, la noche poblándose de vientos y de trapos negros, en la quinta de hojas y en el puente con humedad, en el río que esa misma mañana sondeó el sol y los peces todavía royéndole su cuerpo flexible y viajero. Era la noche, la noche corriendo en la soledad profunda de conquistas. Yo en mi cuarto, encima del lecho, ausente de mi incertidumbre, sin esa sed exclusiva, con ese abandono de la inutilidad.

Pero ella vino a verme. Traía las manos extraviadas en sus pieles. Su mirada cayóse hasta toparme los labios, los labios que callaron en un signo de sonrisas y yo jugando con las maravillas indeterminadas. Entonces me apoderé del espectáculo desconocido de tenerla en ese instante ausente. No cabía en la ternura de una palabra ni en la ancha vacilación del minuto persistía su presencia acaparadora de caminos. Enredándose en lo que avanza y aún no llega, no se detuvo a contemplar en el espejo de lo inmóvil, cómo caían las emociones en racimo. Rodaba, rodaba como una fruta sin sostén, pero yo la gusté como una cereza en su sangre.

Fue en el tiempo de las nubes cotidianas y de las hojas derrotadas, en el otoño, atardecer de los años y regadera interminable de los campos. Tendí hasta ella el rosario de la continuidad, dispersando las sensaciones para después agruparlas en una volcadura de tumultos. Era la noche poblándose de vientos y de trapos negros y hoy, ¡ah!, es la noche convulsa, convulsa, arañando este corazón que no fallece.

PUERTO DEL SUR

Fue en aquel puerto de los arenales rubios y de los pescadores argonautas. Tú subías por el hombro de la colina y echabas a nadar los ojos por el oleaje discontinuo. Por la escalera de los pinos venía aporreándose la tarde y el paisaje abriéndose como un álbum sin interés.

Eramos los dos. Tú tendías la red para pescar la silueta de una fuga. Encima de nosotros la desesperanza construía el andamiaje del abandono. Yo soltaba las voces que no saben del retorno, hería la pulpa negra del deseo y afirmaba en posibilidad el instante. Sin embargo era inútil. Hasta la hebra del abrazo olvidada de enredarse y hasta la uva del beso que no supo madurar. Entretanto sangraba el pétalo de la partida y se ensanchaba la certeza de perdersen. Era la angustia hecha agujas y la presencia hecha huidas...

Puerto del sur donde ancló el cansancio de una sed, y andén quedado con el pañuelo húmedo de un ansia. Ahora salta la llamarada de una forma crepitando, cayéndose, destruyéndose en una hoguera difunta.

AHORA

La tierra se empina por el amanecer y cae deslizándose por los senos de las colinas su pijama de sombras, tú escarchando de silencio la posteridad de los besos y el alba con su mano de seda precisando la ubicación de los objetos, anillándolas con su circunferencia elástica, definiéndolos con sus brochazos blancos.

O a veces era el viento que avanzaba empujando las lluvias con su muralla nómada e invisible, ¡ah!, la violencia pasajera de aquellos aguaceros profundos... Tú eras entonces la exploradora de los continentes sumergidos y de ti partían las corrientes submarinas. Saboreabas la distancia de minuto a minuto descubriéndome la anticipación a la nostalgia. Los días eran a veces como una isla furtiva surgiendo en el horizonte, espada decapitadora de atardeceres. Auscultabas los frutos, sentías madurarlos y cómo se hinchaban creciendo sus huesos.

Era un sueño, un indeciso sueño la alegría poderosa de tenerte, trampolín hacia el abandono de cilicios. Pues el tiempo venía cantando en la preparación del viaje sin estaciones, expreso más allá de su límite y de su término.

Ahora lleno de hojas inciertas y de pájaros errantes, de largas enredaderas vacías y de candelabros extintos, tu imagen encendida por la última fuga; tu imagen, ecuyérese en accidente revolviéndose en la pista del recuerdo moribundo.

MARÍA ROSA GONZÁLEZ

AGUA NEGRA

Magnolia en el crepúsculo
me desenvuelvo ante tu rostro.

Me dejé desnudar de alegrías
por vestir tus tristezas de asombro.

Amparó tus amores de niño
la infinita piedad de mis ojos.

Todos vieron mis manos vacías
pero nadie notó tu abandono.

Todos vieron mis brazos caídos
¡oh, criatura! Dejarte tan solo.

Y sintiendo mi ausencia, ninguno,
tendió un trapo de olvido en tus hombros.

Todos vieron mi rostro con lágrimas
y ninguno lloró por nosotros.